



TV política y reconfiguraciones de la sociedad de control. “Es verdad porque lo vi en la tele”

Johan López*

Resumen

El presente trabajo coloca de relieve las formas narrativas televisivas constituyentes de verdades socialmente aceptadas, sobre todo en el marco de la opinión pública, a partir del escenario *despacializado* audiovisual que proporciona la TV. Narrativas que son deudoras del orden de lo hegemónico que no hace más que revitalizar las viejas lógicas de dominio propias de la centralidad moderna. La metodología utilizada en la investigación es de corte documental, contrastando la “realidad televisiva” con los planteamientos de algunos autores que han trabajado el tema de los medios en la contemporaneidad. La conclusión más relevante del trabajo tiene que ver con el hecho de que la TV se ha configurado como un escenario político de gran relevancia en los últimos tiempos.

Palabras clave: TV, despolitización, verdad y narrativas mediáticas.

Recibido: Marzo de 2012 • Aceptado: Julio de 2012

* Profesor de la Universidad Bolivariana de Venezuela, Caracas.
johanmanuellopez@hotmail.com

Political TV and reconfigurations of the society of control. “It’s true because i saw it on TV”

Abstract

The purpose of this paper is to highlight the different television narrative techniques that constitute socially accepted *truths*, especially within the framework of audience opinions, based on the *spaceless* audiovisual scenario offered by TV. Narrative television techniques indebted to the ruling world order, do nothing more than promote the old logic of dominance belonging to modern centrality. Methodology is of the documentary type, contrasting “televised reality” with the opinions of some authors who have researched the topic of media in contemporary society. The most relevant conclusion has to do with the fact that TV has configured itself as a highly relevant political stage in recent times.

Key words: TV, depoliticization, truth, media narratives.

A manera de introducción

*“La televisión sin dudas que es muy instructiva...
porque cada vez que la prenden, me voy al cuarto contiguo a leer un libro”*
Groucho Marx

Este trabajo aborda el tema de la TV como lugar de verdad en el marco de la sociedad de control. La idea es estudiar a la TV como fenómeno cultural en relación con la política contemporánea. En paralelo (de alguna forma) es el testimonio de alguien que ha estado expuesto a la TV desde su nacimiento, por lo cual no es un “terreno de estudio” ajeno al investigador. Se toma como punto de referencia la sociedad de control, toda vez que contrario a lo que algunos investigadores sostienen, aún persisten elementos constitutivos de esta forma de dominio que se ha licuado en la sociedad contemporánea, con formas mediáticas potentes que buscan acentuar ejes de hegemonía en el orden político, económico y cultural. No es un trabajo pensado desde la moralina discursiva ni desde una visión sancionatoria del hecho televisivo; por ese camino, se

acortan las posibilidades de análisis del hecho televisivo como uno de los productos culturales más importantes de las últimas cinco décadas del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Este trabajo se inscribe en la lógica del pensamiento crítico, toda vez que se considera necesario generar esas tensiones en el ámbito de la investigación en las ciencias sociales; ser esquivos ante ciertas realidades no es propicio para pensar nuevas condiciones de simetría política y económica. En tal sentido, es necesario, siempre que sea posible, decir las cosas desde una perspectiva crítico-reflexiva que se desembarace de aquellos viejos (pero presentes en muchos casos) postulados que declaraban la neutralidad de las investigaciones, que anunciaban que el desarrollo científico-tecnológico traería mayores niveles de felicidad a la humanidad toda, entre otras promesas propias del positivismo moderno. La realidad hoy es mucho más compleja de lo que preconizaba el pensamiento moderno-centrista.

En la actualidad, el abigarrado campo social está fuertemente ligado al hecho de las mediaciones por parte de los grandes medios de comunicación. En todo este escenario altamente politizado, los grandes medios, sobre todo la TV, han tenido una cuota de participación decisiva para la conformación de la sociedad que hoy tenemos (¿padecemos?). De tal suerte, que los análisis e interpretaciones que en este caso se realicen, pasan por entender que existen juegos de poder económicos y políticos que son parte de lo que Gramsci llamó guerra de posiciones¹.

La idea es ver cómo la narrativa mediática televisiva forma parte de un sistema simbólico que se instala-naturaliza en las formas cotidianas de la gente, e incide, en mayor o menor cuantía, en la manera cómo las personas conforman sus opiniones públicas que, en muchos sentidos, terminan por ser asumidas como “verdades”. “Verdades” que necesariamente deben ser caracterizadas en función de ver cómo operan en la di-

1 Gramsci postulaba la necesidad de generar nuevas hegemonías en el orden político y económico que superaran al viejo régimen capitalista. Para lo cual la masa debía tener mayor protagonismo y los “intelectuales orgánicos” asumir posiciones de vanguardia para la dirección del “movimiento”. Había que posicionarse estratégicamente sobre todo en el plano de las opiniones públicas, allí donde la burguesía tenía mayor nivel de influencia gracias a sus aparatos de producción de sentidos.

námica socio-cultural contemporánea y que terminan por ser funcional al modelo político-económico imperante.

Mínima genealogía de la verdad: la verdad no es lo que solía ser

Habría que ubicar, en principio, tres estadios de verdad. En primer lugar se tendría que hablar de una verdad de carácter religioso, donde el *logos* no es discutido y es tomado como dogma; es La Palabra de Dios (por lo menos así sucede en las religiones que hoy se pudieran llamar “occidentales”). No es una verdad “contaminada” por las pasiones, bajas y altas, de los humanos. Es una verdad de carácter pedagógico con su consecuente carga moral: a la vez que enseña La Palabra “divina”, también advierte sobre las nefastas consecuencias de no seguir las Escrituras, en el caso de la Biblia.

Es una verdad extrahumana, por tanto no se le discute, no se le cuestiona desde ninguna perspectiva. Se acepta como dogma de fe. En ese sentido, Corintios 4:18 (La Biblia, 1966: 168) dice: “No mirando nosotros las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”. Mientras que en Hebreos 11:1 (La Biblia, 1966: 218) se lee: “La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Como se aprecia, la fe es el elemento fundamental de este primer estadio de verdad; se coloca el énfasis en lo extra-terrenal/extra-sensorial de eso “que no se ve”. Se pudieran dar más evidencias discursivas de similar tono, tomando como ejemplo la Biblia; en todo caso, lo que se intenta resaltar es el énfasis que se manifiesta sobre “lo que no se ve” como vehículo para alcanzar el Reino de los Cielos. La fe opera como elemento alrededor del cual se cohesionan todo el sistema de verdad propiciado por la religión.

Seguir La Palabra, así en singular, significa estar en sintonía con la verdad de Dios, misma que no puede ser relativizada, discutida, cuestionada; ello sería una afrenta y el castigo sería implacable. En cierto modo, este primer estadio de verdad también se aprecia en otras expresiones religiosas más allá de la tradición judeo-cristiana. Los griegos, por ejemplo sobre todo la Grecia anterior a Homero, a pesar de ser politeístas, también asumían la verdad de los dioses sin discusiones, sin relativizaciones. Luego, cuando los dioses comenzaron a “humanizarse”, a relacionarse con los

mortales, había pequeñas expresiones de duda “razonable” respecto a la verdad de los dioses, a sus designios; aun así, la verdad estaba allí para ser asumida como práctica de vida, como enseñanza moral. La verdad, en ese primer estadio señalado, siempre fue un asunto extraterrenal.

En este sentido, la verdad religiosa y su fuerte influencia dominaron la escena política y social hasta bien entrado el siglo XVI, cuando las teorías de Galileo desafiaron los preceptos de la Iglesia Católica que ya se había convertido en la institución religiosa más poderosa de Europa. Sucede así un segundo estadio de la verdad: la verdad científica; la edad de la “razón pura”, del razonamiento científico como contra-respuesta al orden mítico-religioso imperante. Este segundo estadio de la verdad no descansaba en el *logos* fundamentalmente, sino en el razonamiento lógico-matemático y en las formulaciones científicas como formas de comprensión del mundo físico y meta-físico. El orden filosófico en tanto contemplación y razonamiento “solaz” de la realidad no era suficiente para explicarla. Se debían mostrar evidencias concretas que lograran explicar los fenómenos naturales, entonces la explicación estaba por el orden de la experimentación y la lectura matemática de la naturaleza.

Como quiera que sea, en ambos casos, los dos estadios de verdad referidos anteriormente perdieron densidad frente a la verdad como la gran cuestión de la filosofía clásica. La verdad religiosa era para ser acatada, mientras que la verdad científica tenía la pretensión de explicar el mundo, “sometiéndolo” a definiciones lógico-matemáticas y experimentales que posteriormente serían “falseadas” por la propia “ciencia dura”. Es decir, una verdad que posteriormente, en muchísimos casos, sería no sólo refutada sino que sería tomada como error, como no-verdad.

El asunto de la verdad científica se ve trastocado en el siglo XX a partir de Karl Popper y sus métodos de falsación. Los planteos de Popper estaban más en el orden de la filosofía de las ciencias. No obstante, en la física cuántica, Heisenberg logra determinar la imprevisibilidad de los fenómenos físicos a niveles cuánticos. Lo importante de este hallazgo científico no es tanto su valor experimental, ni sus aportes al campo de la física cuántica (que sin duda fueron decisivos); lo que importa resaltar, en este caso particular, es que el discurso hegemónico de la denominada ciencia normal (ciencia dura), se vio fuertemente impactado al saberse proclive al error, a la no-verdad y que por tanto, la ciencia, en tanto forma

de apropiación de la verdad y del conocimiento, tenía fisuras, irregularidades, discontinuidades.

Asimismo, ambas verdades compartían su visión hegemónica y única del mundo: por un lado estaba la idea de Dios (único, indivisible e indiscutible); a partir de la idea hegemónica que se tenía de él, se emprenden las Cruzadas para imponer el credo cristiano a “sangre y fuego”, mientras que la ciencia (también en singular y bajo una idea totalizadora y uniforme) era la única forma posible y verdadera de conocimiento.

La religión y la ciencia se constituyeron a razón de un sistema doctrinario de verdad. Es interesante resaltar la noción sistémica de la verdad religiosa y la verdad científica, sobre todo si ambos sistemas de verdad son analizados desde la perspectiva del poder como continuo, como forma de dominio. El poder reprime, logrando así posicionarse en las subjetividades, normalizando formas de ver y sentir; haciendo que hombres y mujeres incorporen lo anómico y lo asocial como parte del paisaje humano (Foucault, 1979). “El poder es lo que esencialmente reprime” (Foucault, 1979). Se trata entonces de un poder que se instaló desde afuera (visión externalista) a partir de dispositivos como el castigo, el infierno, el pecado, entre otros. Eso por el lado de la religión (católica). Los mecanismos de poder por el lado de la ciencia tenían que ver con la legitimidad de la comprobación experimental de la verdad que era “revelada a los ojos humanos”. La experimentación y las formulaciones lógico-matemáticas eran legitimadoras de la verdad, todo esto operando, también, desde una visión externalista del poder. El asunto se complejizó aún más cuando la religión y la ciencia fueron asumidas desde la visión internalista del poder; ambas instituciones (religión y ciencia) “ganaron terreno” en la constitución de la subjetividad de las personas; sobre todo si se atiende al hecho de que la subjetividad, en buena medida, es un “pliegue” del afuera.

“Es verdad porque lo vi en la tele”

Si bien es cierto que en la actualidad existen fuertes resabios de los dos estadios de verdad referidos unas líneas más arriba, no es menos cierto que un nuevo “credo” se abrió paso con fuerza, a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Con la irrupción de los potentes medios de comunicación a mediados del siglo XX se inicia una nueva configura-

ción de la sociedad en su conjunto. No podía quedar indemne el andamiaje social ante este hecho trascendental que trastocaría el curso de la historia del siglo XX y los siglos por venir. Dentro del esquema mediático de mediados del siglo pasado, la TV va a ocupar un lugar privilegiado dentro del ordenamiento de todo el plexo social, sobre todo en el plano de la opinión pública y, más allá de ello, de los “sentimientos públicos” (Rincón, 2006). La TV como lugar para mirar y ser mirados por su condición de ser ventana y espejo al mismo tiempo, por ese carácter “tautológico del espectáculo” (Debord, 1995). La repetición constante de imágenes, frases, formatos, esquemas, entre otros provenientes de la TV, están en relación con la búsqueda de un público que vea cómo es “revelada” la vida a través de la pantalla. Gentes que saben que están invadidos por potencias extranjeras o que ven el “espectáculo” de la guerra a través de la tele. Se informan a través de CNN (¡en vivo y a todo color!) del hambre que ellos mismos padecen. Pascual Serrano narra con una elocuencia “mortal” cómo los refugiados palestinos en el Líbano tienen TV paga a pesar de las nefastas condiciones en las que viven. “He visto en Chiapas a indígenas morir de cólera en una choza delante de la televisión. He visto antenas parabólicas en los terribles campamentos de refugiados palestinos del Líbano” (Serrano, 2007: 114). Los procesos de naturalización de la violencia bélica terminan por incorporarse como parte del “menú televisivo”; así, es interesante ver cómo se “enteran” de su condición de refugiados a través de las grandes cadenas de noticia mundial. Los refugiados se ven en la TV: “disfrutan” y se “distraen” mientras ven cómo su vida transcurre en la pantalla.

La cuestión de la verdad mediática hay que entenderla desde la dimensión narrativa, desde la trama de sentidos e intereses que está en la base misma de la conformación de las grandes corporaciones mediáticas. Si la verdad religiosa y científica perdió densidad respecto a la gran cuestión de la verdad como preocupación fundamental de la filosofía, la verdad mediática, sobre todo la televisiva, es aún menos densa, más artificial y artificiosa. La vieja preocupación de los “apocalípticos” pareciera haber perdido sentido ante las nuevas teorías de la comunicación que deprecia aquellos viejos postulados de fines de los 50, los 60 y gran parte de los 70.

Habría que tener cuidado con echar al “cesto de la basura” aquel legado sociológico-comunicacional tan importante, toda vez que las mismas viejas motivaciones que tanto denunciaron los “apocalípticos” es-

tán de por *medio* en la actualidad. Si bien es cierto que el asunto de los medios es más complejo y dinámico hoy, también es cierto que la “voluntad de dominio” por parte de los poderes hegemónicos sigue operando, se ha mimetizado con otras formas poderosas: ¿Qué son Silvio Berlusconi, Rupert Murdoch, Ted Turner, Bill Gates y ahora Mark Zuckerberg? La sociedad de control ha mutando. Ya no es el Estado y sus “aparatos represivos” los que marcan la pauta de dominio. Ya no son las instituciones de encierro las que operan como represoras del cuerpo (Deleuze, 1991). Ahora (tiempo que no se puede definir, pero se *podiera* decir que a partir de la aparición de la radio comercial a gran escala) las redes del poder (que operan desde el dominio y desde los grupos subordinados: todo poder genera resistencia²) están formadas de mensajes, de códigos, de imágenes y sentidos. ¿Quiénes son los productores de esta red de sentido global? Una cierta disposición teórica se muestra elusiva, en muchos casos, ante estos puntos críticos. Hablan de voluntad de poder, de redes de sentido, de narrativas mediáticas que tributan al orden mundial operante, pero no señalan los intrínquilos de esas operaciones y sus procedimientos. En todo caso, es necesario revisitar la teoría crítica de la comunicación, no como “credo” sino más bien como voluntad crítica. Otros sí asumen esa voz de “protesta” teórica, con señalamientos bien dirigidos, por esa otra “vereda” también transita este trabajo.

Volviendo sobre el tema de la verdad mediática, es necesario advertir ciertas regularidades en este tipo de narrativas. El subtítulo de este apartado (“es verdad porque lo vi en la tele”) no obedece a una arbitrariedad del autor, la frase pasó a ser “moneda de uso común” en Venezuela. La gente va a la TV a buscar la verdad, a ver “qué pasa en el mundo, cómo amanece el mundo”. Más allá de ello, la frase en cuestión es representativa de un orden de lo hegemónico³. En párrafos anteriores se esta-

- 2 La noción foucaultiana del poder explica que éste está inserto en la sociedad como red, como ramificación. Si bien es cierto que los grupos subordinados también son sujetos de poder, hay que entender que son las grandes corporaciones, en el plano mediático, quienes dictan cómo mirar el mundo y a través de qué medios mirarlos.
- 3 Para efectos de este trabajo, se prefiere hablar de hegemonía en sentido de “lo hegemónico” tal y como lo planteara Raymond Williams. La hegemonía no es total ni uniforme, por eso es que lo hegemónico se muestra como epifenómeno de aquella y es más aprehensible para los análisis sociológicos. En este caso, la narrativa mediática y su orden de verdad son parte de lo hegemónico.

blecían ciertas semejanzas entre la verdad religiosa y la verdad científica. La verdad televisiva (ya para ir circunscribiéndola respecto a la totalidad de la verdad mediática) es visible y audible, por tanto tiene rasgos de verosimilitud importantes.

La TV no impone verdades, no demuestra nada, solo presenta cosas, realidades, efectos, mundo-vida. ¿Cómo dudar de lo que se está viendo ¡en vivo y directo!, en muchos casos? Pero la mayoría de las personas no sabe cómo se constituyen esas imágenes y, peor aún, con qué intereses se muestran unas imágenes mientras que otras sencillamente se invisibilizan. La gente no se hace ese tipo de preguntas, ni cómo se producen tales o cuales programas televisivos (Thompson, 1998). Bien mirado, no tienen por qué hacerse esas preguntas.

Los seres humanos son proclives a la esperanza, al porvenir, al “cielo prometido”. Es una actitud de seguridad y sosiego de carácter vitalista. La TV proporciona estos placebos vitales para sobrellevar la carga; sucedáneos de felicidad y placer a bajo costo y en la comodidad del hogar. Hay que convenir en algo, si bien es cierto que la TV proporciona estas salidas fáciles exprés hacia un “mundo feliz”, distendido y cómodo, también es cierto que ocurre en paralelo una de las formas de imposición simbólica más impresionantes de la historia, solo comparable, en algún sentido, con los procesos de evangelización. Es más cómodo estar en la sensación de verdad, en ese mundo evaporado de fantasías, de farándula, viendo cómo a los demás le suceden cosas terribles o maravillosas, viendo cómo los famosos a-parecen tan humanos como el que más. Viendo que las estrellas del espectáculo también comen, se bañan, tienen conflictos, pelean, roban, matan, son humanos muy parecidos al común, después de todos son mortales. Sublevarse ante este estado de cosas parece complicado, sobre todo cuando se mira la realidad factual, tan corrompida, tan vulnerada por las bajas pasiones.

La seguridad que proporciona la TV es mejor. “La TV es como tú”, parecen decir (nos) los *reality show* como El Gran Hermano. En esa doble articulación, TV-humano, humano-TV, se dan vínculos de filiación unificadora. El medio no obliga a nada, no dicta nada, no sanciona nada. Solo demanda atención, rating, audiencias. Si se equipara la forma de verdad televisiva con la verdad nietzscheana, el sentido de la verdad de la TV es un impulso natural hacia la no verdad. Hay un cierto grado de expectativa por ver y escuchar lo bueno, lo liviano, todo aquello que no

implique mayores ejercicios intelectuales. Lo light suplanta así a lo denso, el pensamiento es sustraído en máximo grado; sucede así, de a poco, una forma política poderosa: la despolitización.

La TV ofrece varias cosas importantes para sobrellevar la vida. Por una parte ofrece un tipo de verdad que no requiere mayor procesamiento, mayores complejidades. Ya Nietzsche (1998) lo había sostenido, la verdad que se construyen los seres humanos es más “cómoda” en la medida que se engañe, no demasiado, y que ese engaño permita sobrellevar de mejor manera la carga de vivir en este mundo; todo está mejor, se evitan los pesados conflictos. La verdad light de la TV es mejor que la verdad cruda y sin afeites. Los humanos no son proclives al dolor, a la pena, al sufrimiento. Ante eso, ante la verdad “fulminante” de la vida, “mejor” es Sábado Sensacional (Venevisión) o ¿Hay Corazón? (Televén). El dolor es ajeno a la TV a menos que no sea por su carácter comercial, con escasas excepciones. El dolor, a veces, bien trabajado desde la óptica del espectáculo, vende. Crónica TV (telediario argentino) puede ser un ejemplo de esto. Cuando se presentaron los acontecimientos naturales que devastaron parte de Japón a mediados de marzo de 2011, esta emisora de TV colocaba en pantalla, en letras rojas de gran tamaño y musicalización como preludeo a la sensacional noticia: “¡Muerte y Destrucción en Japón!”. Se apela a un cierto carácter de “voyeur de ausencias” (Barreiros, 2010), a una suerte de morbo pre instalado socialmente y que se asume como una suerte de condición “físgona natural” de hombres y mujeres.

Con la TV se tiene la posibilidad de mirar lo que antes estaba vedado. Se produce una forma de libertad *ad infinitum* que antes no existía.

El *homo zapping* llegado el momento de plantarse frente a la TV, asume la libertad de ver lo que desea, cansado del trabajo, se “pasea” por las “diferentes” ofertas que ofrecen los canales, sobre todo la TV por suscripción. ¿Quién puede pensar que el hecho de mirar la TV sea algo pernicioso? Ciertamente, no lo es. Nadie mira la TV y sale “hipnotizado” a comprar todos los productos que allí promocionan. Nadie ve una película de Rambo y sale como “loco” a matar gente a la calle. El asunto es más complejo, porque la TV no miente, sólo que a veces, no dice la verdad, que es muy diferente a mentir; entonces elabora una trama de sentidos a partir de la realidad existente.

El asunto de la verdad revelada también es muy complejo. ¿Revelada a partir de qué mirada y de qué intereses? La verdad televisiva busca

adhesiones. La verdad como pieza de lo hegemónico. Hay una explícita necesidad de convencer desde la verdad mediática. La verdad como instrumento de poder. ¿Quién es poseedor de la verdad? Hay que problematizar este tipo de situaciones respecto de la verdad, sobre todo de la verdad que emerge de los hechos, por tanto no necesita mayores razonamientos para ser entendida. No hay tiempo para discutir esos temas, la TV ahorra esa “vieja” necesidad de pensar profundo, de abstraerse en complicadísimas elucubraciones. Por eso es “mejor” y más “barato” ya tener una porción de verdad lista (“para llevar por favor”), la verdad expés es lo que está de “moda”, en suma, la ideología y la política son una cuestión de estilos.

La realidad deviene en espectáculo televisado, tiene unas formas narrativas que la hacen más “mercadeables” a los seres humanos (Debord, 1995). La verdad mediática tiene que ver con el recorte, con las maneras de narrar, con las formas de editar, con la musicalización de los espacios televisivos, con los colores y el sonido. No se miente, basta con no decir la verdad; no hay por qué mentir, sólo se trabaja en la forma de (re) presentación de las imágenes, de los sonidos, de la música que acompaña a cada programa; total, la idea es divertir y distraer, que otros y otras se ocupen de dirigir el mundo. Pero hay un asunto que no se puede soslayar al momento de hacer los análisis respectivos: esa verdad afectada, trabajada desde la óptica de la TV, con toda y su levedad, su poca densidad, su rapidez e impermanencia, es la gran configuradora de las opiniones públicas.

La opinión pública tiene una incidencia sustantiva en la política contemporánea. Si se asume de entrada que la TV es una de las grandes configuradoras de la opinión pública, ergo, la política está sustentada, entre otras cosas, en la opinión pública; entonces existen por lo menos dos problemas en la relación TV-opinión pública-política. En primer lugar, la TV se caracteriza, entre otras cosas, por su programación light, por lo intrascendente y trivial, por el carácter impermanente de sus “conceptos”, en la mayoría de los casos, entonces cabe preguntar: ¿Qué tipo de opinión pública deviene de la TV? ¿Qué tipo de ejercicios políticos promueve la TV si se atiende a ese carácter de generadora de opiniones públicas?

Al parecer, después de todo, esa inocuidad televisiva de la que se venía hablando no es tal. A este respecto Sarcinelli (1995: 238) señala: “Ya en algunos estudios americanos más antiguos se comprobó que en la entrega de información por televisión se transmite una realidad aparente.

La misma entrega de información influye en un acontecimiento, favorece las ritualizaciones y escenificaciones”. Este autor dice que la política no puede ser vista solo como “valor puramente nominal”, como “información genuina objetivada”; plantea que la política tiene un carácter dramático importante, tiene mucho de representación escénica. En ese sentido, señala que la TV ha contribuido enormemente para estas puestas en escena de la política. Es por esto que también sucede un proceso de des-densificación de la política, por el carácter efímero, trivial, fugaz de la TV. La TV como lugar de vaciamiento de lo político en tanto que es un dispositivo que despolitiza, desmoviliza, invita a un hedonismo intrascendente, de una estética vacua.

También Lipovetsky (1996) lo tiene claro. La TV no puede ser la forma más densa de la política, pero no deja ésta de cumplir una función política importante dentro del esquema del corporativismo mundial. En apariencia, bajo el velo de la “objetividad televisiva” no existen posiciones políticas. La realidad no es (tan) así. La política en la TV está precisamente expresada en ese afán de despolitización que se presenta tras la forma de apolitización de la mayor parte de su programación que termina por ser política, definitivamente política.

Lo que tiene la TV de interesante es esa capacidad de abstraer a la gente de sus compromisos con los demás, en tanto participación política por mejores formas de vida. En este punto es difícil estar de acuerdo con Beatriz Sarlo cuando dijo en el programa 6 7 8⁴ que: “Solamente en ciertos momentos políticos los medios tienen una incidencia masista”. La despolitización televisiva tiene, en efecto, una incidencia “masista” con sus respectivas consecuencias en el plano de la política. Pensar en la despolitización desde el lugar de la no-politicidad es un error, toda vez que la despolitización es tributaria a un orden que promueve la desmovilización ciudadana en tanto participación en la res-pública, conculcando así el derecho humano de la gente a participar en la construcción efectiva de su propio destino ciudadano; eso es profundamente político. Mientras la política siga siendo un asunto privado, de espíritus biempensantes, las mayorías se “distraen” viendo cómo acontece el mundo en las pantallas

4 El texto completo está disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=VqLFDcSQ6sA>

de TV o en el gran “supermercado de los sentidos”, mientras que las grandes decisiones que afectan a las mayorías (silentes y apáticas), son tomadas (privadamente) por quienes se arrojan el derecho de representar a los demás. Es cierto, la TV no hipnotiza, sólo distrae, hace que la gente mire a otro lado, “mientras el mundo se cae a pedazos” Fito Páez dixit. El *zoom politikon* se ve disminuido ante esta vorágine de distracción y felicidad exprés que es la TV.

Se puede resaltar que esta verdad televisiva forma parte fundamental de la verdad mediática, de ese sistema de verdad conformado en razón de la lógica político-económica imperante. No se trata de un caso inconexo dentro de la lógica maquina (Guattari, 1996). Es un continuo, un flujo en diferentes direcciones, excéntrico, multimodal, que se apoya en otros mecanismos de control. Así como la verdad no es lo que solía ser, la sociedad de control tampoco es lo que solía ser; ya no es un centro el que controla y distribuye verdades, la verdad responde a multimedialidades, pero que representan una misma lógica de dominio. Las piezas de este poder multicéntrico funcionan en relación concomitante, de interdependencia, asumiendo la misma voluntad-lógica de dominio. Se pueden descomponer las piezas de esta mecánica del poder para hacer un análisis, pero sería un análisis parcial de una sola de las piezas del sistema, no del sistema en sí. Es una empresa más compleja debido a que este tipo de poderes tiene “manos invisibles” y poderosas de difícil identificación.

Como si fuera una conclusión: abril sin primavera

En Venezuela, en 2002, la TV privada auspició un golpe de Estado en contra de un Gobierno legal y legítimamente constituido. Una sola valoración en este sentido para que quede como corolario del presente trabajo. El periodista Luis Alfonso Fernández fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias (mención periodismo) por la cobertura que hiciera de los “Pistoleros de Puente Llaguno” el 11 de abril de 2002; estas imágenes recorrieron el mundo y fueron el disparador para que una muchedumbre entrara en pánico y saliera a la calle a protestar. Además de eso, las cadenas de noticias más importantes del mundo, CNN, por ejemplo, tomaban esas imágenes para demonizar el Gobierno del presidente Chávez.

Tiempo después, el documental “Puente Llaguno. Claves de una masacre”, evidenciaría que toda la toma que había realizado el equipo

del periodista Luis Alfonso Fernández en Puente Llaguno había sido manipulada para hacer creer al mundo que el Gobierno de Chávez estaba masacrando a un pueblo indefenso. No es solamente una verdad (re) presentada como hecho, sino que además es “avalada” desde otra instancia de poder. El prestigio es otra de las piezas del poder, al igual que la fama, el dinero. Así esas imágenes trucadas a razón de una límpida y bien estudiada edición, fueron entusiastamente galardonadas con el Premio Príncipe de Asturias, mención periodismo. Meses después, los organizadores del premio se tuvieron que retractar y reconocer que habían cometido un error al entregar el galardón. Pero nadie se hizo cargo de todo el malestar social que esas imágenes causaron en Venezuela y las consecuencias inmediatas que éstas tuvieron los días 11, 12 y 13 de abril de 2002.

Por primera vez los poderes fácticos se aliaron al poder mediático y emprendieron una campaña para derrocar a un Gobierno democrático. Este intento de golpe de Estado fue inédito en el mundo, sobre todo porque las televisoras privadas venezolanas subordinaron toda su programación al hecho de derrocar a Chávez. Queda como parte de la reflexión, que tiempo después, en Honduras, se intentó el mismo “guion” venezolano.

Finalmente, estudiar a la TV como una de las piezas del poder mediático resulta interesante, pero no hay que perder de vista que ésta es sólo una pieza más de lo hegemónico, en el sentido de red de dominio, de poder irrigado en la sociedad. La TV es parte de un sistema maquínico muy poderoso, que tiene ramificaciones en todos los espacios de la vida social.

Referencias bibliográficas

- Barreiros, Raúl (2010). Límites de la mediatización. En **Revista Crítica**, Nº 5, pp. 3-7.
- Debord, Guy (1995). **La sociedad del espectáculo**. Buenos Aires, La Marca.
- Deleuze, Gilles (1991). “Postdata sobre las sociedades de control”. En Ferrer, Christian (Comp.) **El lenguaje libertario**, pp. 115-121, Montevideo, Ed. Nordan.
- Foucault, Michel (1979). **Microfísica del poder**. Madrid, Ediciones La piqueta.
- Guattari, Félix (1992). **Hacia una autopoietica de la comunicación** (entrevista). *Futur Antérieur*, pp. 203-214.

-
- La Biblia (1966). Traducción al castellano de la Santa Biblia (3ra. Edición). Barcelona, España, Editorial Planeta. S.A.
- Lipovetsky, Gilles (1996). **La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo.** Barcelona, Editorial Anagrama.
- Nietzsche, Friedrich (1998). **Sobre verdad y mentira en sentido extramoral.** Madrid, Tecno.
- Rincón, Omar (2006). **Narrativas mediáticas. O cómo se cuenta la sociedad del entretenimiento.** Barcelona, España, Gedisa, Editorial.
- Serrano, Pascual y Alba, Santiago (2007). **Medios violentos. Palabras e imágenes para la guerra.** Caracas, Venezuela, Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Sarcinelli, Ulrich (1995). “La TV-democracia”. En Thesing, Josef y Hofmeister, Wilhelm (Editores). **Medios de comunicación, democracia y poder.** Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo Latinoamericano. Universidad de Texas, EEUU.
- Thompson, John (1998). **Los medios y la modernidad.** Barcelona, España, Paidós.